los filósofos que por la luz de la razon han llegado á conocer un Dios único, han estado muy lejos de conocer todos sus atributos, y de reconocerlo por el ser mas perfecto que es posible pensar: Non omnibus dicentibus Deum esse, Deus est id quo nihil perfectius cogitare potest. Lo mismo ha sucedido con respecto al alma.

La inmortalidad del alma, como hemos visto tambien, para los mismos que la han admitido, no es otra cosa, segun Ciceron, que una permanencia mas ó menos larga del alma despues de la muerte: Permanere animos putamus; y no un conocimiento exacto del verdadero estado del alma despues de la disolucion del cuerpo. Mas la luz de la enseñanza de la Religion, cuyo foco está en la Iglesia al esclarecer el objeto mas alto que es Dios, y el objeto mas oscuro que es el hombre, nos los hace conocer, con todas sus propiedades y todas sus relaciones; es decir, que la enseñanza católica es completa.

Fuera de la Iglesia, despues de largos estudios se acaba ordinariamente por no saber nada en materia de Religion; se acaba por la duda, por la indiferencia y por la incredulidad. Mas por la enseñanza católica, el niño que sabe su catecismo conoce en pocos dias al Dios verdadero, al Dios único, al Dios criador del cielo y de la tierra, al Dios uno en esencia y trino en personas. Sabe la encarnacion del Verbo, su vida, su muerte, su resurreccion, el valor infinito de su sacrificio, la economía de su gracia, la eficacia de sus sacramentos y la estension de sus promesas. Conoce el hombre y su orígen, su caida, su rehabilitacion y su último destino.

Conoce la felicidad del justo en esta vida y sus recompensas despues de la muerte, lo mismo que la miseria y el castigo del culpable en el tiempo y en la eternidad. Conoce sus deberes para con Dios, para con su prójimo y para consigo mismo. Sabe creer, sabe esperar, sabe amar, sabe vivir, sabe morir y sabe salvarse. Sabe todo cuanto necesita saber; no tiene necesidad de otra ciencia, de otra enseñanza ni de otros maestros. Es esclarecido con la luz misma de Dios, así como es fuerte con su gracia, mientras llega el tiempo de ser dichoso con su felicidad.

14. Otra condicion de la luz natural es la de ser la única luz fiel. La luz artificial es muchas veces engañosa; ella altera los contornos, las formas y los colores de los objetos. Unicamente la luz del dia, la luz natural, es la que los presenta y los hace ver con sus verdaderas formas, con sus verdaderos contornos y con sus verdaderos colores. Esta es la causa porque, cuando se trata de ciertos objetos, se desconfia de poderlos conocer bien con la luz artificial durante la noche, y se dice: "Es necesario ver esto á la luz del dia." Esta es una figura de lo que sucede en el órden de los conocimientos relativos á la Religion. Sola la enseñanza católica es fiel, porque es la única que se apoya en el testimonio de Dios que es fiel, y que da la verdadera sabiduría aun á los niños: Testimonium Domini fidele, sapientiam præstans parculis. (Psal. XVIII. 8.)

La luz del sol en el mundo, reflejando en los objetos, y de los objetos en los ojos, nos los hace conocer exactamente por lo que son en sí, y tales como son. Del mismo modo en la Iglesia la luz divina de Jesucristo, el verdadero Sol de justicia, el Oriente aparecido de lo alto, reflejando en los grandes objetos sobre que la Iglesia llama nuestra atención, Dios, el hombre y la sociedad, y de estos objetos en los ojos de los fieles, se los hace ver en la verdad de su naturaleza, en la sublime armonía de sus relaciones, en la importancia de sus respetos mútuos, y en el objeto de su destino.

La luz artificial de la investigacion y del razonamiento humano es las mas veces engañosa, y en ellas se encuentra el error mezclado con la verdad: Investigationi rationis humanæ plerumque falsitas admiscetur, dice tambien Sto. Tomás; el cual dedujo de aquí la necesidad de que las cosas divinas fuesen reveladas por la fé, que es la única luz sincera y fiel, que puede hacerlas conocer sin mezcla de error: Et ideo necesse fuit ut ea per modum fidei traderentur. Ya hemos visto en efecto los deplorables errores en que la razon filosófica antigua y moderna cayó aun respecto á las primeras verdades de la Religion.

Hemos visto que esta razon no solo no llegó jamas á la verdad completa, sino que tampoco pudo llegar á la verdad pura; que no hay verdad alguna de la que la razon no haya formado un error, ni error de que ella no haya hecho una verdad, así como no hay una virtud que ella no haya presentado como vicio, ni un vicio que no haya erigido en virtud. Sola la luz de la enseñanza católica es la que puede hacernos conocer todas las verdades religiosas sin la menor alteracion, y las grandes cosas que tiene relacion con ellas en toda su verdad. Sola la enseñanza católica es fiel, porque sola ella es verdad y toda verdad.

Así como no se ve bien con la luz artificial sino con la luz natural, del mismo modo no es por el razonamiento, sino por la fé, no por la filosofía, sino por la Religion, no es por las vanas doctrinas del hombre, sino por la luz de Dios, cuya depositaria es la Iglesia, por la que el hombre conoce las cosas que debe conocer, tales como son realmente en sí mismas. Sin esta luz que sale de la Iglesia, no se conoce nada cierto, así como fuera de la gracia que dispensa la Iglesia no se hace ninguna cosa verdaderamente virtuosa y meritoria para la vida eterna. Es necesario que el que busca la verdad, así como el que quiere practicar la virtud, venga por ella á la fuente divina de la Iglesia. Fuera de ella todo es tinieblas y pecado, todo es vicio y error. Toda luz que no sea reflejada de esta lumbrera es falsa: toda virtud que no proceda de esta verdad es ficticia. Jesucristo dijo: "Mientras que yo estoy en el mundo, soy la luz del mundo: Quamdiu sum in mundo, ego lux sum mundi;" (Joan. IX. 5.) y el lugar del mundo en que él se encuentra es la Iglesia, á quien S. Pablo, por esta misma razon llama la columna y el baluarte de la verdad: Columna et firmamentum veritatis. (Tim. III. 15.)

15. Consideremos particularmente esta admirable economía de la enseñan-

za católica con relacion á la primera de todas las verdades, á la existencia y la naturaleza de Dios.

El Salvador del mundo, hablando á la muger de Samaria, le dice: "Vosotros los samaritanos, al separaros de la Sinagoga, habeis alterado las tradiciones y las creencias de la antigua revelacion, cuya fiel depositaria es la Sinagoga. Vosotros no conoceis ya al verdadero Dios. Solo nosotros los judíos hemos conservado su idea y su culto en toda su verdad: Vos adoratis quod nescitis; nos quod scimus adoramus." (Joan. IX. 22.)

Por estas graves palabras profetizó Jesucristo, dice Orígenes, que todos los hereges al separarse de la Iglesia, alteraron las tradiciones y las creencias de la Revelacion nueva, guardada fielmente por la Iglesia; y que solo en la Iglesia se conserva puro el conocimiento del verdadero Dios y del culto que le es debido: Dixit hoc de Ecclesia in qua est adoratio Dei et Deo congrua. (Homil. in Joan.)

En efecto, así como los samaritanos al separarse de Jerusalen, sin embargo de que se gloriaban de adorar á Dios segun el rito de los antiguos patriarcas, no habian hecho otra cosa que destruir su verdadera idea y su verdadero culto; del mismo modo los hereges al separarse de Roma, sin embargo de jactarse de haber reformado el cristianismo y haberlo vuelto á la sencillez de los apóstoles, han alterado mas ó menos profundamente entre ellos, segun dice Theophilacto, la idea de Dios y de Jesucristo, y destruido la verdadera Religion: Multi putant Deum adorare, non rectam de Deo notionem habentes, sicut hæretici. (In Joan.)

La heregía no es otra cosa en sí que una alteracion de la nocion de Dios, del Redentor, y de la economía de su gracia para la salvacion de los hombres. En los antiguos tiempos, los maniqueos negaban á Dios la presciencia; los nestorianos le negaban la bondad. En los tiempos modernos los luteranos han hecho de Dios un ser estúpido, que no sabe lo que hace: los calvinistas un ser cruel, que envia al hombre á los infiernos por pura diversion.

Oh, Dios mio! qué dogma cristiano ha respetado la heregía! qué ley, qué consejo evangélico ha perdonado! qué sacramento ha sostenido! qué tradicion ha dejado en pié! (1) Se puede decir á esos falsos adoradores de Dios y de Jesucristo, cuyos misterios y doctrinas han procurado alterar: "Vosotros adorais un Dios, un Jesucristo que no conoceis, y solos nosotros los católicos adoramos un

Dios que conocemos, porque solo en la Iglesia católica se conservan las ideas puras de su ser, de sus misterios y de su Religion: Vos adoratis quod nescitis; nos quod scimus, adoramus." Si entre la gente del pueblo, entre nuestros hermanos estraviados, se encuentran algunos que tengan ideas justas, exactas y legítimas de Dios, de Jesucristo, de ciertas leyes y de ciertos sacramentos, consiste en que han conservado las tradiciones católicas, y en que á despecho de la heregía y de su enseñanza, no es el dios de Lutero ni de Calvino el que ellos adoran, sino el Dios de la Iglesia; y ellos pueden repetir tambien á los verdaderos protestantes sus hermanos: Vos adoratis quod nescitis; nos quod scimus adoramus.

Los filósofos que han querido formar la filosofía fuera de las tradiciones divinas, fuera de la Iglesia, no han tratado á Dios, como ya hemos visto, mejor que los hereges. Ellos le han negado sus atributos mas esenciales; ellos le han supuesto las formas corporales y las imperfecciones del hombre.

Para los filósofos, unas veces Dios no ha sido otra cosa que el hombre, y otras el hombre no ha sido otra cosa que Dios; unas veces Dios ha sido una parte del universo, y otras el universo entero era Dios. Ellos han visto á Dios en todo, menos en Dios mismo. El dios de la filosofía puramente racional ha sido siempre el dios desconocido del Areopago: Ignoto Deo! Solos nosotros los católicos, ilustrados por la luz de la enseñanza de la Iglesia, conocemos á Dios tal como es.

Nosotros los católicos somos los que reconocemos á Dios como un Ser uno en su naturaleza y trino en sus personas, absoluto en su existencia, independiente en su accion, omnipotente en su palabra y eterno en su duracion. Un Ser siempre antiguo, y que no envejece; siempre nuevo, y que no conoce principio; siempre libre, y que no se muda jamas; siempre inmutable, y que obra siempre; que se apiada, pero sin debilidad; que se arrepiente, pero sin pesar; que castiga, pero sin cólera; que recompensa, pero sin parcialidad. Un Ser siempre subsistente, y que no se mide por el tiempo; presente en todas partes, y que no se circunscribe á ningun espacio; que todo lo prevee, y que ninguna prevision le turba; que todo lo mueve, y á quien ningun movimimiento altera; que todo lo gobierna, y á quien ninguna empresa ocupa; que todo lo hace, y á quien ninguna accion fatiga; que se humilla á todo, y que ninguna humillacion le degrada; que todo lo da, y que ninguna donacion le empobrece; que se comunica á todos, y que jamas comunica parte alguna de sí mismo.

Solos nosotros los católicos conocemos la perfeccion de la santidad de Dios, la profundidad de su sabiduría, el abismo de sus juicios, la severidad de su justicia, la abundancia de su misericordia, el órden de su gracia y las riquezas de su bondad.

Solos nosotros los católicos conocemos la magestad de Dios criador, el sacrificio de Dios redentor, los dones de Dios santificador; en una palabra, esa Esen-

<sup>(1)</sup> El famoso autor de la Historia de Inocencio III, el doctor Hurter, á quien tuvimos la dicha de ver en Roma cuando fué à abrazar el catolicismo, nos comunicó una observacion importante que habia hecho al estudiar los estragos del prontestantismo, del que habia sido prelado, en Suiza; y es: Que si se quitase del Nuevo Testamento todo lo que el protestantismo ha desechado en diversos tiempos, y por diversos doctores, no quedaria de él mas que el título; pues que no hay una sola parte, un solo capítulo, ni un solo versículo de este libro divino, que no haya sido desechado por algun protestante.

cia absoluta por la que existe todo cuanto existe, que existe por sí misma, que se basta á sí misma, siempre feliz en sí misma, perfectamente infinita é infinitamente perfecta. (1)

Oh, cuán pobre, cuán miserable y cuán poco digno de nuestros homenages es el Dios de la razon filosófica, de la razon protestante! Es un dios imaginario, un dios fantástico, un dios falso, ó al menos un dios incompleto é imperfecto. Oh, cuán grande, cuán sublime y digno de nuestras adoraciones y de nuestro culto, es el Dios de la razon católica, el Dios de la fé! Este es el Dios verdadero, el Dios positivo, el Dios completo, el Dios perfecto. Oh, desgraciados de vosotros los que os hallais fuera de la Iglesia, vosotros adorais al dios error, al dios defecto, al dios nada, un dios que no conoceis ni podeis conocer, pues que no existe tal como vosotros lo habeis formado: Vos adoratis quod nescitis!

Nosotros los que somos de la Iglesia y estamos en la Iglesia, nosotros solos adoramos al Dios perfeccion, al Dios sustancia, al Dios verdad, al Dios que conocemos y que podemos muy bien conocer, porque es verdaderamente tal como la enseñanza de la Iglesia nos lo ha revelado: Nos quod scimus adoramus.

16. En presencia de tantas negaciones contra todas las verdades reveladas, contra todos los sentimientos de la naturaleza, contra todas las creencias de la humanidad; en vista de tantas ruinas como ha acumulado la razon humana siempre que ha querido caminar sola, en el espacio de cuatro mil años, lo mismo en el mundo antiguo que en el mundo moderno; en vista de tantos errores, de tantos absurdos, de tantas estravagancias y de tantos delirios, como la heregía y la filosofía han esparcido desde sus cátedras con tanto descaro; cuán hermoso es, hermanos mios, ver que sola la Iglesia católica conserva intactas y sin mezcla de error, no solo las verdades del cristianismo, (2) sino to-

das las verdades primitivas y todas las creen cias legítimas del género humano, poniéndolas á disposicion de todos los espíritus dóciles y de todos los corazones sinceros que deseen conocer la verdad!

En vista de tantas doctrinas licenciosas, obscenas, degradantes, corruptoras, inventadas y predicadas por las pasiones para borrar de la tierra, con el último vestigio de la verdad, los últimos restos de la justicia, de la probidad y del pudor; cuán hermoso es ver á la Iglesia católica enseñar, con todas las verdades, todas las virtudes! Porque como nada se resiente del error en sus dogmas ni en su culto, nada favorece el vicio en sus leyes; como todo es en ella verdadero, todo es tambien santo, y todo se dirige en ella á ilustrar al hombre; á perfeccionarle, á elevarle al mas alto grado de justicia y á la mas perfecta santidad.

En vista de tantas comuniones religiosas, y de tantas sectas filosóficas, que no derraman mas que en un solo pueblo ó en un solo rincon de la tierra la sombría luz de los infiernos que refleja en ellas de la faz del mismo Satanás, cuán hermoso es ver la enseñanza católica proyectando sobre todos los pueblos y en todo el mundo, la luz del cielo siempre pura y sin tacha, siempre brillante y serena, que la faz de Jesucristo que habita en la Iglesia refleja sobre ella: In facie Christi Jesu!

Pero apresurémonos á considerar el último carácter de la enseñanza católica, que es la certeza.

17. De la fidelidad con que la luz material nos presenta todos los objetos, resulta la certeza con que los hombres admiten todo lo que conocen por el testimonio de los ojos; porque, segun Sto. Tomás, "la vista es el mas intelectual de los sentidos," y nada es mas cierto en el órden natural que aquello que se ve. No es posible escitar la duda sobre la existencia de las cualidades esteriores de un objeto en el entendimiento de un hombre que os dice: "Yo lo he visto"

Esto es lo que sucede tambien en el órden sobrenatural. Desde el momento en que el católico sabe que la luz de la enseñanza de la Iglesia es inmutable, incorruptible ó infalible, verídica ó fiel, se adhiere á todo lo que conoce con la ayuda de esta luz divina, con una firmeza constante, con una confianza entera y con una seguridad completa; de modo que, como dice Sto. Tomás, la enseñanza por la via de la revelacion es la única que escluye toda especie de duda, así como es la única que se halla al abrigo de todos los errores; y por esta razon

envidia y de admirable franqueza, é hizo resonar en todo el mundo, estas magníficas palabras: "La Iglesia romana es la única que ha conservado intactas las doctrinas del cristianismo." Esta fué la consecuencia que este gran hombre sacó de sus profundos estudios, de sus largas y concienzudas investigaciones sobre la Religion cristiana. Dios se complació de esta bella y franca confesion. Movido por la gracia despues de haber sido esclarecido por la luz divina, se hizo católico, y es hoy uno de los mayores defensores y una de las mas brillantes antorchas del catolicismo.

<sup>(1)</sup> Será muy conveniente que recordemos aquí el admirable pasage de S. Agustin, que nos ha inspirado el trozo que acabamos de oir. Hablando de Dios este gran doctor en el libro primero de sus Confesiones, se espresa así: "Invocat te, Domine, fides mea quam dedisti mihi, quam inspirasti per humanitatem Filii tui, per ministerium prædicatoris tui. (Cap. I.) Summe, optime, potentissime, omnipotentissime, misericordiosissime, et ditissime; secretissime, et præsentissime, pulcherrime et fortissime; stabilis et incomprensibilis, immutabiles, mutans omnia; nunquam novus, nunquam vetus; innovans omnia et in vetustatem perducens superbos, et nesciunt; semper agens, semper quietus; coligens, et non egens; portans, et implens, et protegens; creans, et nutriens, et perficiens; quæris, cum nihil desit tibi, amas, nec æstuas; zelas, et securus es; pænitet te, et non doles; irasceris et tranquillus es; opera mutas, nec mutas consilium; recipis quod invenis, et nunquam amisti. Nunquam inops et gaudes lucris; nunquam avarus et usuras exigis, superogatur tibi ut debeas et quis habet quidquam non tuum? Reddis debita nulli debens; dans debita et nihil perdens." (Cap. IV.)

<sup>(2)</sup> Este admirable, este único privilegio de la Iglesia católica ha sido reconocido últimamente por la mas sábia de las escuelas protestantes. Del seno de la universidad de Oxford, el mas firme baluarte de la heregía anglicana, el doctor Newman cuando era todavía protestante, en nombre de toda la secta pusevista, de la que él era el órgano principal, pronunció con un sentimiento de santa

produce una certeza inalterable, absoluta y perfecta: Fixa certitudine, absque dubitatione et errore.

Oh, qué hermosa palabra es esta: "Con una certeza inalterable: Fixa certitudine!" Ella significa una certeza mas completa y mas perfecta que la que produce el testimonio de los sentidos respecto á las cosas sensibles, y el testimonio de la evidencia de la razon respecto á los primeros principios, las verdades
evidentes en sí mismas, á las que el entendimiento no puede, segun Sto. Tomás,
negar su asentimiento; ella significa una certeza que escluye del alma aun el
temor remoto, aun la sospecha pasagera de que lo contrario de lo que se cree
pueda ser cierto.

El católico, creyendo á la Iglesia se apoya en primer lugar en un testimonio divino, es decir, en la autoridad divina á quien Dios ha hecho depositaria de sus verdades y dado la mision de enseñarlas á todo el mundo: Docete omnes gentes. El católico, creyendo á la Iglesia, sabe que la Iglesia no se divierte en fabricar por capricho nuevos dogmas ni nuevas leyes, sino que repite y esplica á los hombres únicamente lo que ha aprendido del mismo Dios, que está en ella. El católico, creyendo en la Iglesia, sabe que el mismo Dios que en otro tiempo puso su palabra en la boca, que se habia hecho profana y sacrílega, de los pastores de la Sinagoga, y la hizo salir de ella en toda su pureza, con mucha mas razon conserva y conservará siempre pura esta misma palabra en la boca de su Vicario en la tierra, y en la de los pastores de su Iglesia, á quienes ha revestido de un carácter tan augusto y tan sagrado cuanto son sublimes las funciones á que los ha destinado.

18. El católico, creyendo á la Iglesia, se apoya en un testimonio uniforme, constante é inmutable, como Dios que es su autor. Como católico sabe que su fé es precisamente la misma que por espacio de cuatro mil años fué profesada en gérmen, en figura y en espectacion, por todos los patriarcas, por todos los profetas, por todos los justos de los tiempos antiguos, por todos los adoradores del verdadero Dios, desde Adan á quien se hizo la primera revelacion, hasta Jesucristo que no hizo otra cosa que renovar, desarrollar, perfeccionar y cumplir esta misma revelacion; sabe que su fé es exactamente la misma que desde Jesucristo, desde dos mil años ha, ha sido siempre creida y enseñada por todos los Pontífices, por todos los Obispos, por todos los Concilios, por todos los Santos Padres, por todos los doctores y por todos los fieles que han vivido y han muerto en el seno de la Iglesia. El católico sabe que si pudiera interrogar á sus cenizas, si los muertos pudieran responderle desde el fondo de sus sepulcros, veria su fé atestiguada por tantos millares de hombres como católicos ha habido en el mundo, que durmieron en el seno de las dulces esperanzas de la Iglesia, y les oiria asegurar que lo que él cree es exactamente lo mismo que ellos creyeron, lo mismo que por espacio de dos mil años, ha sido creido por todos, en todos los tiempos y en todos los lugares: Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus.

Fuera de la Iglesia entre los hereges, entre los protestantes, ninguno puede estar seguro de que lo que cree ha sido creido por los que le han precedido en la misma comunion, en la misma secta, ó por los que al presente forman parte de ella. Ningun luterano, ningun calvinista, por ejemplo, puede afirmar que su creencia llega ni aun hasta Lutero ó hasta Calvino. Despues de estos heresiarcas, y á ejemplo de ellos, las sectas que llevan su nombre, han protestado siempre contra la verdad católica; pero jamas han creido las mismas cosas. Los discípulos mismos de Lutero y de Calvino, en vida de ellos, adoptaron creencias diferentes de las de sus maestros. La fé protestante (si entre los protestantes puede encontrarse verdadera fé) no llega á Lutero ni á Calvino sino por la via de la negacion, y no por la de la afirmacion. El único punto de contacto entre los protestantes antiguos y los modernos, es que todos niegan, todos protestan; mas en cuanto á afirmar, en cuanto á creer, no podrán encontrarse dos que crean y afirmen una misma cosa. El protestante cree únicamente aquello que él opina que debe creer. El cree aisladamente, sin apoyo y sin auxilio: es un hombre estraviado en un desierto. De ahí nace su desconfianza y su incertidumbre sobre lo que cree ó pretende creer. Por consiguiente, su fé es una fé incierta, vacilante, débil, provisional é insuficiente á satisfacer las necesidades de su espíritu y á inspirar en su corazon resoluciones nobles. Esta es la razon porque entre los protestantes no hay cuestiones de dogmas ni de creencias, sino de opiniones religiosas. Todo se reduce á opiniones vagas, vacilantes y estériles.

Lo mismo sucede á los filósofos. ¡Están acaso, ni pueden estar jamas ciertos, de que sus pensamientos sobre Dios ó sobre el hombre, producto monstruoso de su razon, sean verdaderos? ¡Creen acaso, verdaderamente lo que dicen? Entre ellos todo es opinion, y nada mas que opinion. Esto consiste en que cada filósofo se encuetra solo en las creencias que él mismo se forma; y estas creencias solitarias, no pueden hacer que el hombre tenga certeza alguna en materia de Religion.

Mas el católico sabe que lo que él cree, lo creen del mismo modo que él doscientos ó trescientos millones esparcidos sobre la faz de la tierra.

Entre estos católicos hay diferencia de naciones, de caractéres de talentos, de cultura, de costumbres y de idiomas; sin embargo, cada uno sabe con certeza que todos, así en comun como en particular, profesan los mismos dogmas y tributan á Dios el mismo culto. Cada uno sabe que en la Iglesia católica lo que enseña un obispo, se enseña por todos los obispos, lo que predica un sacerdote, se predica por todos los sacerdotes, y lo que un cristiano cree, se cree por todos los cristianos, porque todos han aprendido en la misma escuela, oyen, escuchan al mismo maestro y siguen la misma direccion. Divididos en tantos pueblos y en naciones tan diferentes, separados por tan grandes distancias de tierra y de mar, tienen todos sin embargo la misma fé. Desde Oriente hasta Poniente, desde Norte á Mediodia, en todos los puntos del espacio y en todos los momen-